

EXPANSIÓN

fuera de serie

Nº 562
19 DE MARZO
DE 2016



DOCTOR BEST SELLER

HENRY MARSH
LAS ESCALOFRIANTES
MEMORIAS DE UN
NEUROCIRUJANO
GENIAL



"ME PARECE IMPROBABLE QUE NUESTRA CONCIENCIA SOBREVIVA A NUESTRA MUERTE"

Es uno de los neurocirujanos más reconocidos en Reino Unido y autor del *best seller* *Ante todo no hagas daño*, donde explica la incierta práctica de la medicina. **HENRY MARSH** empezó a escribir sus memorias con 12 años.

Por ELENA PITA

F

ue un adolescente rebelde que al primer desengaño amoroso plantó sus cuadernos de poesía y su prometedora carrera de Política y Filosofía en la Universidad de Oxford, para autoflagelarse trabajando como celador en un sórdido

hospital de la negra cuenca minera de Northumberland, frontera con Escocia. Su labor consistía en trasladar camillas de la ambulancia a los boxes de urgencias y de allí, a quirófano o a la morgue si la muerte sobrevenía. Pero la universidad le reclama (como a un prófugo) y él decide someterse a un curso de choque en el Royal Free Hospital de Londres donde una treintena de alumnos descarriados, procedentes de escuelas de arte o humanidades, como la suya, se aplicaban para dar un giro científico y copernicano a sus vidas.

Henry Marsh (Oxford, 5 de marzo de 1950) se convirtió a sí mismo en uno de los más prestigiosos neurocirujanos de Reino Unido, además de exportar su práctica a modo de voluntariado a países como Ucrania, Albania, Kurdistán o Nepal. A punto de jubilarse, pero sin saber bien cómo hacerlo, decidió retomar sus cuadernos, esos diarios que en su intimidad nun-

**UN LIBRO,
UN 'BEST SELLER'**
El neurocirujano,
66 años, fotografiado en el Hotel
Omm durante su
visita a Barcelona.

zaban el ciprés como señalización delante de una masia. Informaba al viajero de la hospitalidad y bienvenida. El Jardí
emory, Alfonso Alzam



"Admitir que no se puede hacer nada por salvar una vida es, sin duda, lo más difícil de mi trabajo [...] Decir: no hagas nada, ve a tu casa a morir lentamente"

"La mala arquitectura hospitalaria refleja una enorme falta de empatía con los pacientes e ignora lo que siente un enfermo, que a menudo es ansiedad, falta de descanso, dolor..."



EN ACCIÓN
El doctor Marsh
durante una
intervención
en 2014.

P. Cuesta en cambio asumir que apenas cuenta con capacidades humanas para enfrentarse cuerpo a cuerpo con la muerte. De hecho, ¿en ocasiones se ha sentido como una especie de héroe frente a, por ejemplo, un aneurisma?

R. Es verdad que a veces los cirujanos, cuando somos jóvenes, nos sentimos heroicos, y así lo cuento en el libro. Pero este sentimiento épico va menguando a medida que te haces mayor. Aunque, la verdad, nunca desaparece del todo.

P. ¿Tampoco desaparece del todo el miedo de abrir un cerebro y penetrar en él?

R. Tampoco, es un sentimiento de miedo y excitación, al 50%. Todavía me pongo nervioso antes de una operación y paso la mayor parte de mi vida clínica en un estado de ansiedad.

P. Si tan terrorífico es, ¿por qué eligió usted esta especialidad durante su rotatorio?

R. Porque era vanidoso y ambicioso y buscaba la gloria.

La respuesta podría pasar por buena si una no hubiera leído y disfrutado a fondo su libro, pero una vez acometido lo propio, no suena sino a pura ironía y flema británicas. Henry Marsh era un joven rotatorio recién licenciado cuando su vida se vio dramáticamente involucrada en la neurocirugía: siendo apenas un bebé de meses, a su hijo se le declaró un tumor en el cerebro. Poco después de su operación y curación, sucedió lo que él llama "mi epifanía: fui testigo de cómo un neurocirujano grapaba un aneurisma y en ese mismo instante supe cuál iba a ser mi futuro".

P. ¿No tuvo nada que ver el tumor que padeció su hijo?

R. Probablemente sí, pero no de una manera directa.

P. ¿Qué fue lo que más le atrajo de la neurocirugía?, ¿fue eso que usted llama "su controlada y altruista violencia"?

R. Lo que me atrajo de la cirugía fue esa violencia altruista, y la neurocirugía en particular me sedujo porque el cerebro es extraordinariamente interesante y operarlo entraña mucho peligro y dificultad. En el cerebro, cualquier error mínimo o simplemente el azar o la mala suerte pueden tener un profundo efecto en la vida de un paciente.

P. ¿Los cirujanos son violentos?

R. Es algo muy variable; no es eso lo que quiero decir, sino que la cirugía en sí entraña una violencia controlada.

P. Esa inmunidad al dolor, la muerte y la enfermedad que generalmente impregna a los médicos, ¿la aprenden ustedes desde la primera práctica de Anatomía, trabajando sobre cadáveres?

R. Eso sería el principio del proceso, pero esa inmunidad se conserva fuerte solo mientras eres joven, ansioso e inexperto. A medida que nos hacemos mayores, es importante que perdamos ciertas dosis de ese desapego.

P. ¿Deben los médicos sufrir con sus pacientes?

R. Sí, pero no demasiado.

P. ¿Ha encontrado ese vínculo ecuánime con sus pacientes?

R. Me gustaría pensar que sí lo he encontrado.

P. Doctor, ¿qué ocurre cuando tiene que admitir que no se puede hacer nada por salvar la vida de un enfermo?

R. Es sin duda lo más difícil de mi trabajo, especialmente cuando se trata de pacientes jóvenes; tener que decirles: no hagas nada, ve a tu casa a morir lentamente. Necesitas sentarte con el paciente y su fa-

ca había abandonado, y ensayar un libro que fuera "catarsis de la tensión y las dificultades de mi trabajo, y que sirva para que la gente entienda mejor la incierta práctica de la medicina. La cirugía es intrínsecamente incierta y peligrosa. Aunque su base sea científica, es absurdo pensar que la medicina no puede causar daño, especialmente la neurocirugía (a la que en ocasiones compara con la tarea de un desactivador de bombas). Pero aún así, uno nunca puede ser complaciente con sus errores y sus malos resultados". Ante todo no hagas daño, título que toma prestado al juramento hipocrático de la práctica médica, se ha convertido para su "enorme sorpresa" en Libro del Año según el *Financial Times* y *The Economist*, y uno de primeros best sellers en el ránking del *Sunday Times* y el *New York Times*; ha recibido numerosos y sonados premios como el Pen Ackerley, quedó finalista de otros cuantos como el Guardian First Book Award y en España (recién publicado por Salamandra) agotó su primera edición en una semana.

El libro absorbe como una corriente, sin pausa, y rompe todos los tópicos aprendidos sobre la arrogancia de los cirujanos y su insensibilidad. Marsh no viene a contarnos

las hazañas de su bisturí y de su ojo clínico, sino la insoportable presión de tener que decidir sobre la vida de los demás, asumir los delicadísimos riesgos de penetrar en la masa pensante y motora del ser humano, y afrontar como suyos errores que tantas veces se deben a una cuestión de azar.

No es una orla de logros lo que desgrana en sus páginas, sino un humilde descenso a lo que él llama "ese cementerio que todo cirujano lleva en su interior".

Lo pillamos a contracorriente en un lapsus de su agenda médica y ahora también literaria, aterrizaba en Toronto procedente de Ucrania, y por delante le quedaban Estados Unidos, Nueva Zelanda, Viena, Nepal, Portugal, Albania, Brasil, Chicago, Gaza y vuelta a empezar.

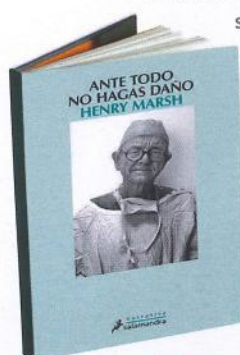
PREGUNTA. Doctor Marsh, ante todo quisiera felicitarle por tan sabio y necesario libro. No cuesta imaginar cuántos pacientes se habrán enamorado de usted a lo largo de su carrera, ¿no es cierto?

RESPUESTA. Mmm, mis pacientes han sido y son mayoritariamente ingleses y, como tales, nunca se atreverían a confesar semejante sentimiento. ¡Imposible, ni siquiera en el supuesto caso de que alguno se hubiera enamorado de mí!

LA MIEL DE LOS LIBROS

Henry Marsh todavía conduce su bicicleta para ir al hospital (St. George's Hospital) desde su casa en el sur de Londres. Lo hace sin casco porque sostiene que "si conduces despacio, y no como un kamikaze, no creo que sea realmente necesario soportar la incomodidad de un casco". En

su tiempo libre, el doctor, casado en segundas nupcias con una brillante doctora en Antropología, se dedica a la carpintería y al cuidado de sus abejas: tiene panales en su jardín que le producen rica miel. Además, sospecha que no será escritor de un solo libro: cree



SU PRIMER TÍTULO
Editado por Salamandra, cuesta 19 euros.

que en la recámara le quedan más historias que contar sobre sus (duras) experiencias en Ucrania, Albania, Kurdistán y Nepal, donde desde hace ya dos décadas se dedica a montar equipos de neurocirugía, utilizando sus ahorros para proveerlos de material quirúrgico de segunda mano y elegir y entrenar a los cirujanos más capacitados.

milia, pasar con ellos un largo rato y decir lo menos posible, transmitirles la profunda tristeza que para ti supone no poder ayudar.

P. ¿Es la muerte lo peor que puede ocurrirle a sus pacientes o hay algo peor que la muerte?

R. Peor que la muerte es muchas veces un daño cerebral que en neurocirugía es tan fácil que ocurra. Un daño cerebral severo, especialmente si va a cambiar la personalidad del paciente, puede ser mucho peor que la muerte, y sobre todo para la familia. Por eso cuando sabemos que un tumor va a ser fatal a largo plazo, resulta tan difícil tomar la decisión de someter a un paciente al riesgo de la cirugía. En estos casos quieren saber qué harías tú en su lugar, y el problema es que muchas veces yo tampoco sé lo que haría.

P. ¿Cree usted que existe algo después de la muerte?

R. Me parece muy improbable que nuestra conciencia sobreviva a nuestra muerte.

P. Doctor Marsh, ¿qué opina de la ley que en su país prohíbe la muerte digna?

R. Si lo que quiere saber es si apoyo el suicidio asistido por la medicina, le diré que estoy profundamente a favor de ello. Debería permitírseles a los seres humanos decidir cómo queremos morir cuando hemos perdido la esperanza de vida, por supuesto.

P. Doctor, en su libro (y en su vida) se enfrenta energicamente a la burocracia, los recortes y muchos de los mandatos del sistema de salud pública de su país (NHS). ¿Diría que lo que necesita para mejorar es mayor humanidad?

R. Por encima de todo lo que necesita es más dinero.

P. ¿Por qué critica tanto la arquitectura hospitalaria?, ¿cómo debiera evocar más esperanza y menos constricción?

R. Porque ese horroroso diseño de la gran mayoría de los hospitales es absolutamente evitable. La mala arquitectura hospitalaria refleja una enorme falta de empatía con los pacientes e ignora lo que siente un enfermo en un hospital, que entre otras cosas es ansiedad, falta de descanso y sueño, dolor, etcétera.

P. ¿Alguna vez piensa qué habría sido de usted si en lugar de estudiar medicina se hubiera quedado en su facultad de Letras y hubiera continuado con su poesía rebelde?

R. Nunca pienso esas cosas, y aunque es verdad que nunca he dejado de escribir mi diario, ¡desde los 12 años!, hasta ahora solo he escrito para mí mismo.

P. ¿Le sorprende su propio éxito?

R. Es una absoluta sorpresa para mí, sí.

P. ¿Pueden cuantificarse en esos diarios el número de vidas que ha salvado a lo largo de su carrera, doctor?

R. No, no tengo ni idea de ese dato.

P. Pero sí tiene registro de lo que llama su "cementerio personal", ¿cuán importante y reprochable le resulta?

R. Mucho, porque tengo una práctica quirúrgica muy extensa: he practicado miles de operaciones. Personalmente, creo que he conseguido perdonarme por mis errores, ahora lo importante es contárselos a las nuevas generaciones para que no incurran en las mismas equivocaciones.

P. Doctor, está lamentablemente a punto de jubilarse y me pregunto: ¿será capaz de abandonar los quirófanos o continuará su labor de voluntariado por el mundo?

R. Trabajo varios meses al año en Ucrania, Nepal, Kurdistan y Albania. Y no, no me siento preparado para dejar los quirófanos, aunque sé que tendrá que suceder. Me gustaría ayudar a los jóvenes neurocirujanos: me veo como una mosca en la pared ayudándoles sobre todo en la delicada labor de comunicación con los pacientes y en la discusión de los casos clínicos. ◀

EN MANOS DEL DOCTOR MARSH

Ante todo no hagas daño es el honesto testimonio de una eminencia de la neurocirugía. Extractamos cuatro fragmentos.

Muchas veces, para superar nuestros temores, incluso atribuimos a los médicos cualidades sobrehumanas. Si la operación es un éxito, el cirujano es un héroe; si fracasa, es un villano. La realidad, por supuesto, es completamente distinta. Los médicos son humanos, como el resto de nosotros.

Gran parte de lo que ocurre en los hospitales es cuestión de suerte, y la suerte puede ser buena o mala. El médico pocas veces tiene control alguno sobre el éxito y el fracaso. Saber cuándo no hay que operar es tan importante como saber operar, y la experiencia en lo primero es más difícil de adquirir. La vida de un neurocirujano nunca es aburrida y puede resultar profundamente gratificante, pero se cobra su precio. Es inevitable que uno acabe cometiendo errores, y debe aprender a vivir con las consecuencias, a veces espantosas. [...]

El cerebro tiene una consistencia gelatinosa, y el aspirador ha acabado siendo la herramienta principal del neurocirujano. Observando a través del microscopio quirúrgico me abro paso poco a poco por la sustancia blanca de la masa cerebral, en busca del tumor. La idea de que mi aspirador avance a través del pensamiento en sí, de la emoción y la razón, de que los

recuerdos, los sueños y las reflexiones puedan formar parte de esa gelatina, resulta demasiado extraña como para comprenderla. Mis ojos sólo ven materia. Y, sin embargo, sé que si penetro por equivocación donde no debo, en la zona que los neurocirujanos llamamos el "cerebro elocuente", cuando acuda a la sala de recuperación después de la cirugía para comprobar mis logros, me encontraré con un paciente con secuelas y discapacitado.

[...]

En esta intervención, en mi avance hacia el tumor se interponían varios vasos sanguíneos que debían cortarse... Y hace falta saber cuáles pueden sacrificarse y cuáles no. En ese momento, siempre tengo la sensación de que todos mis conocimientos y mi experiencia se esfuman.

Cada vez que corto un vaso sanguíneo, me estremezco un poco de miedo. Sin embargo, un buen cirujano aprende a aceptar ese desasosiego — ya en una etapa temprana de su carrera — como una parte normal de su jornada de trabajo, y a seguir adelante a pesar de todo.

[...]

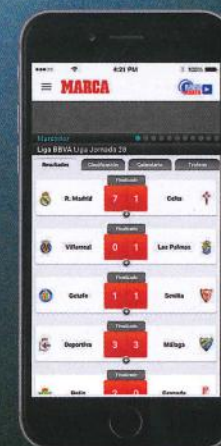
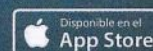
Un famoso cirujano inglés comentó en cierta ocasión que un cirujano debe tener nervios de acero, el corazón de un león y las manos de una mujer. Yo no tengo ninguna de esas cosas, y, de hecho, en ese punto de la intervención tengo que luchar contra el abrumador deseo de darla por terminada y dejar la grapa en su sitio, aunque no esté perfectamente colocada. —Lo mejor es enemigo de lo bueno— mascullo, dirigiéndome a mis ayudantes.

MINUTO A MINUTO EN EL CAMPO



SEGUNDO A SEGUNDO EN TU MÓVIL

DESCARGA YA LA APP



Escanea este código



- ▶ **Directos** de todos los deportes.
- ▶ **Personalización** según tu equipo favorito.
- ▶ **Resultados**, opiniones y clasificaciones.



MARCA
NUNCA ACABA